

Método

La reflexión sobre el método puede hacerse en una de las tres formas siguientes. En la primera, el método se concibe más como un arte que como una ciencia. No se aprende en los libros o en los cursos, sino en el laboratorio o en el seminario. Lo que cuenta es el ejemplo del maestro, el esfuerzo por imitarlo y sus comentarios acerca del trabajo del estudiante. Tal ha de ser, a mi modo de ver, el origen de toda reflexión sobre el método, porque ésta debe partir de una realización previa. Este también será siempre el camino por el que se comunicarán los refinamientos y sutilezas propios de las áreas especializadas.

Hay, sin embargo, espíritus más audaces. Estos seleccionan la ciencia de mayor éxito en su tiempo, estudian sus procedimientos, formulan leyes y finalmente proponen una concepción analógica de ciencia. La ciencia propiamente dicha es la ciencia que han analizado. Otras disciplinas son científicas en la medida en que se conforman a sus procedimientos, e infracientíficas en la medida en que se apartan de ellos. Es así como David Ross anota a propósito de Aristóteles: «A través de toda su obra encontramos que asume el punto de vista de que fuera de las matemáticas todas las demás ciencias reciben el nombre de ciencia sólo por cortesía, puesto que se ocupan de materias en las que la contingencia juega un papel»¹. Así también, la palabra inglesa «ciencia» significa hoy ciencia natural. Se bajan uno o más peldaños de la escalera cuando se habla de ciencia del comportamiento, o de ciencias humanas. Finalmente, con frecuencia los teólogos tienen que contentarse con ver su materia catalogada no en una lista de ciencias, sino de disciplinas académicas.

1. W. D. Ross, *Aristotle's Prior and Posterior Analytics*, Oxford 1949, 14. Cf. p. 51 ss.

Es claro que estas dos formas de abordar el problema del método hacen muy poco por hacer avanzar las materias que menor éxito han alcanzado. Porque precisamente en estas materias, por haber obtenido menos éxito, faltan maestros que seguir y modelos que imitar. Ni resulta útil recurrir a la analogía de ciencia, porque esta analogía, lejos de extender su mano en ayuda de las materias menos avanzadas, se contenta con asignarles un puesto inferior en la jerarquía. Hay que encontrar, pues, un tercer camino, y, aunque resulta difícil y laborioso, se ha de pagar ese precio si no se quiere que las disciplinas de menor éxito permanezcan en la mediocridad o vayan lentamente cayendo en la decadencia y el desuso.

El objetivo del presente capítulo es el de sentar las bases de este tercer camino. En primer lugar, apelaremos a las ciencias de mayor éxito para formarnos una noción de método. En segundo lugar, más allá de los procedimientos de las ciencias naturales, iremos a algo más general y a la vez más fundamental: a saber, a los procedimientos de la mente humana. En tercer lugar, en dichos procedimientos discerniremos un método transcendental, es decir, un esquema básico de las operaciones que se realizan en todo proceso cognoscitivo. En cuarto lugar, indicaremos la relevancia del método transcendental en la formulación de otros métodos más específicos, apropiados a campos particulares.

I. NOCIÓN PRELIMINAR

Un método es un esquema normativo de operaciones recurrentes y relacionadas entre sí que producen resultados acumulativos y progresivos. Hay, pues, un método cuando hay operaciones distintas, cuando cada una de las operaciones se relaciona con las otras, cuando el conjunto de operaciones constituye un esquema, cuando el esquema se concibe como el camino correcto para realizar una tarea, cuando las operaciones se pueden repetir indefinidamente, de acuerdo con el esquema, y cuando los frutos de dicha repetición no son repetitivos, sino acumulativos y progresivos.

Así, en las ciencias naturales el método inculca un espíritu de investigación, y la investigación se reproduce. Insiste en la observación y descripción cuidadosas, y las observaciones y descripciones se reproducen. Sobre todo, estimula los descubrimientos, y los descubrimientos se reproducen. Pide la formulación de los descubrimientos en hipótesis, y las hipótesis se reproducen. Exige la deducción de las implicaciones de las hipótesis y las deducciones se reproducen. No cesa de incitar a los investigadores a concebir y realizar experimentos para verificar con hechos observables las implicaciones de las hipótesis, y dichos procesos de experimentación se reproducen.

Estas operaciones, distintas y recurrentes, están relacionadas entre sí. La investigación transforma la simple experiencia en un análisis riguroso de observación. Lo que se observa se fija en la descripción. Las descripciones contrastantes hacen surgir problemas y los problemas se resuelven con los descubrimientos. Lo que se descubre se expresa en forma de hipótesis. De las hipótesis se deducen sus implicaciones, y éstas sugieren experimentos que hay que realizar. Es así como las múltiples operaciones se relacionan entre sí; las relaciones forman un esquema y el esquema define el camino correcto que hay que seguir en una investigación científica.

Finalmente, los resultados de las investigaciones son acumulativos y progresivos. El proceso de experimentación aporta nuevos datos, nuevas observaciones, nuevas descripciones que pueden o no confirmar la hipótesis que se está verificando. En la medida en que la confirman, revelan que la investigación no va del todo por mal camino. En la medida en que no la confirman, conducen a modificaciones de la hipótesis y, en el límite, a un nuevo descubrimiento, una nueva hipótesis, una nueva deducción y a nuevos experimentos. La rueda del método no solamente gira sino que también avanza. El campo de los datos observados no cesa de ampliarse. Nuevos descubrimientos se añaden a los antiguos. Nuevas hipótesis y teorías expresan no solamente nuevas intelecciones, sino también lo válido de las antiguas; esto da al método su carácter acumulativo y engendra la convicción de que, por muy lejos que podamos estar aún de la explicación completa de todos los fenómenos, al menos estamos ahora más cerca de lo que estábamos antes.

Tal es, de manera muy sumaria, el método de las ciencias naturales. Esta presentación está, desde luego, muy lejos de ser lo suficientemente detallada como para guiar al hombre de ciencia en su trabajo. Al mismo tiempo es demasiado específica como para trasladarla a otras disciplinas; pero al menos ilustra una noción preliminar de método como *un esquema normativo de operaciones recurrentes y relacionadas entre sí que producen resultados acumulativos y progresivos*.

Se imponen ahora algunas observaciones.

En primer lugar, el método se concibe con frecuencia como un conjunto de reglas que, incluso cuando alguien las sigue ciegamente, no deja de producir resultados satisfactorios. Concedo que esta concepción de método es aceptable cuando se produce indefinidamente el mismo resultado, como en un juego mecánico o en «nuevo método para lavar ropa». Pero de ninguna manera si se espera obtener resultados progresivos y acumulativos. Los resultados son progresivos solamente si se da una sucesión continuada de descubrimientos; son acumulativos solamente si se efectúa una síntesis de cada nueva

intelección con las intelecciones anteriores válidas. Pero ni los descubrimientos, ni las síntesis, dependen infaliblemente de un conjunto de reglas. La aparición de descubrimientos y síntesis sigue leyes estadísticas; éstas pueden aumentar su grado de probabilidad, pero ningún conjunto de prescripciones puede asegurar la producción de tales descubrimientos y síntesis.

En segundo lugar, nuestra noción preliminar no concibe el método como un conjunto de reglas, sino como un esquema de operaciones, previo y normativo, del cual pueden derivarse las reglas. Más aún, las operaciones que consideramos no se limitan a operaciones estrictamente lógicas, es decir, a operaciones referentes a proposiciones, términos y relaciones. Desde luego que incluye tales operaciones, ya que habla de describir, de formular problemas e hipótesis, de deducir implicaciones. Pero no duda en moverse fuera de este grupo y hablar de investigación, observación, descubrimiento, experimento, síntesis, verificación.

En tercer lugar, nos ocuparemos en la siguiente sección de precisar la naturaleza de estas operaciones no-lógicas. Pero por ahora podemos anotar que la ciencia moderna deriva su carácter distintivo de esta combinación de operaciones lógicas y no-lógicas. Las lógicas tienden a consolidar lo que se ha alcanzado. Las no-lógicas hacen que lo que se ha alcanzado se mantenga abierto a ulteriores progresos. La conjunción de ambas conduce a un proceso abierto, dinámico, progresivo y acumulativo. Este proceso contrasta claramente no sólo con la fijación estática que surge de la concentración de Aristóteles en lo necesario e inmutable, sino también con la dialéctica de Hegel en cuanto movimiento encerrado dentro de un sistema completo.

II. EL ESQUEMA FUNDAMENTAL DE LAS OPERACIONES

Las operaciones del esquema son: ver, oír, tocar, oler, gustar, inquirir, imaginar, entender, concebir, formular, reflexionar, ordenar y ponderar la evidencia, juzgar, deliberar, evaluar, decidir, hablar, escribir.

Se presume que el lector está familiarizado al menos con algunas de estas operaciones y que tiene alguna noción del significado de los otros términos. Nuestro propósito es el de explicitar y aclarar el esquema dentro del cual ocurren estas operaciones, pero no podremos tener éxito sin una dosis excepcional de esfuerzo y actividad por parte del lector. Tendrá que familiarizarse con nuestra terminología. Tendrá que descubrir en su propia experiencia las relaciones dinámicas que conducen de una operación a la siguiente. De otra

manera encontrará, no sólo este capítulo, sino todo el libro, tan iluminador como un ciego puede encontrar una lectura sobre el color².

En primer lugar, las operaciones de la lista son transitivas. Tienen objetos. Son transitivas no solamente en el sentido gramatical, en cuanto las denotamos con verbos transitivos, sino también en el sentido psicológico, en cuanto a través de ellas nos hacemos conscientes del objeto. Este sentido psicológico es el que significamos con el verbo tender-a (*intend*), el adjetivo intencional, y el nombre intencionalidad. Decir que las operaciones tienden-a-objetos es referirnos a tales hechos en el sentido de que: a través del ver se hace presente lo que es visto; a través del oír se hace presente lo que es oído, a través del imaginar se hace presente lo imaginado, etc., es decir, que en cada uno de estos casos la presencia en cuestión es un acontecimiento psicológico.

En segundo lugar, las operaciones de la lista pertenecen a un operador que recibe el nombre de sujeto. El operador es sujeto no solamente en el sentido gramatical, en cuanto lo denotamos con un nombre que es sujeto de los verbos activos de las operaciones, sino que es también sujeto en el sentido psicológico, es decir, que opera conscientemente. De hecho, ninguna de las operaciones de la lista puede realizarse en un estado de sueño sin imágenes, o en un estado de coma. Además, siempre que se realiza una de estas operaciones, el sujeto es consciente de sí mismo operando, está presente a sí mismo operando, se experimenta a sí mismo operando. Por otra parte, como se verá enseguida, la calidad de la consciencia cambia con las diferentes operaciones que realiza el sujeto.

Por consiguiente las operaciones no sólo tienden-a-objetos, sino que tienen también una ulterior dimensión psicológica. Se dan en forma consciente y por ellas el sujeto que opera se hace consciente. Así como por su intencionalidad las operaciones hacen presentes los objetos al sujeto, así por la consciencia hacen presente a sí mismo al sujeto que opera.

2. Hice una presentación amplia de este esquema de operaciones en el libro *Insight* (London and New York), 1957 (versión cast.: *Insight*, Sígueme, Salamanca 1999), y en forma más resumida en un artículo titulado *Cognitive Structure: Continuum 2* (1964) 530-542, que fue reimpreso en *Collection, Papers by Bernard Lonergan*, editado por F. E. Crowe (New York and London), 1967. Pero el asunto es tan crucial para nuestro propósito que es necesario incluir aquí un resumen. Téngase en cuenta, por favor, que ofrezco sólo un sumario, que el sumario no puede presentar más que una idea general, que el proceso de la auto-apropiación ocurre sólo en forma lenta y, de ordinario, sólo mediante una lucha con un libro como *Insight*.

He empleado el adjetivo presente refiriéndome tanto al objeto como al sujeto. Pero lo he empleado de manera ambigua, porque la presencia del objeto es totalmente diferente de la presencia del sujeto. El objeto está presente como aquello a lo que se mira, se atiende, o se tiende. Pero la presencia del sujeto consiste en el mirar, el atender, el tender—a. Por esta razón el sujeto puede ser consciente de sí mismo en cuanto atiende, y, con todo, prestar íntegramente su atención al objeto en cuanto es atendido.

Por otra parte, hablé del sujeto que se experimenta a sí mismo operando. Pero no se crea que este experimentar es otra operación que se debe añadir a la lista, ya que este experimentar no consiste en tender—a, sino en ser consciente. No es otra operación fuera y además de la operación que se experimenta. Es la misma operación, la que, además de ser intrínsecamente intencional, es también intrínsecamente consciente.

En tercer lugar, existe la palabra «introspección», que puede desorientarnos en cuanto sugiere una inspección interior. La inspección interior es un mito. Su origen radica en una analogía equivocada, según la cual todo suceso cognoscitivo ha de ser concebido de manera análoga a la visión ocular; la consciencia es una forma de acontecimiento cognoscitivo y por consiguiente hay que concebirla de manera análoga a la visión ocular; y puesto que no inspecciona hacia el exterior, necesariamente se trata de una inspección interior.

Sin embargo, la «introspección» puede entenderse no como la consciencia misma, sino como el proceso de objetivación de los contenidos de la consciencia. Así como partiendo de los datos de los sentidos podemos llegar a través del inquirir, de la intelección, de la reflexión, del juicio, a afirmaciones acerca de las cosas sensibles, así también a partir de los datos de consciencia podemos llegar, a través del inquirir, del entender, del reflexionar y del juzgar, a afirmaciones acerca de los sujetos conscientes y sus operaciones. Esto es, precisamente, lo que estamos haciendo y a lo que invitamos al lector a hacer ahora. Pero el lector lo hará, no mirando interiormente, sino reconociendo en nuestras expresiones la objetivación de su experiencia subjetiva.

En cuarto lugar, hay que distinguir diferentes niveles de consciencia y de intencionalidad. Durante nuestros sueños la consciencia y la intencionalidad son de ordinario fragmentarias e incoherentes. Cuando nos despertamos, toman un cariz diferente al expandirse en cuatro niveles sucesivos y relacionados entre sí, pero cualitativamente diferentes. Se da en primer lugar el nivel *empírico*, en el cual tenemos sensaciones, percibimos, imaginamos, sentimos, hablamos, nos movemos. Se da el nivel *intelectual*, en el cual inquirimos,

llegamos a entender, expresamos lo que hemos entendido, elaboramos las presuposiciones e implicaciones de nuestra expresión. Se da el nivel *racional*, en el cual reflexionamos, ordenamos nuestras evidencias, hacemos juicios ya sea sobre la verdad o falsedad de una afirmación, ya sea sobre su certeza o probabilidad. Se da el nivel *responsable*, en el cual nos interesamos por nosotros mismos, por nuestras operaciones, nuestras metas, etc. y deliberamos acerca de las posibles vías de acción, las evaluamos, decimos y tomamos nuestras decisiones.

Todas las operaciones en estos cuatro niveles son intencionales y conscientes. No obstante, la intencionalidad y la consciencia difieren de nivel a nivel, y dentro de cada nivel las diversas operaciones conllevan ulteriores diferencias. Nuestra consciencia se amplía a una nueva dimensión cuando del mero experimentar pasamos al esfuerzo de entender lo que hemos experimentado. Una tercera dimensión de racionalidad surge cuando consideramos el contenido de nuestros actos de entender simplemente como una idea brillante, y nos esforzamos por establecer si realmente es así. Viene luego una cuarta dimensión, cuando a los juicios sobre hechos sigue la deliberación acerca de lo que hay que hacer a propósito de tales hechos. En cada uno de los cuatro niveles somos conscientes de nosotros mismos, pero al ascender de un nivel a otro es más pleno el yo del cual somos conscientes y la consciencia misma es diferente.

En cuanto empíricamente conscientes, no parecemos diferir de los animales superiores. Pero en nosotros la consciencia y la intencionalidad empíricas son solamente un sustrato de ulteriores actividades. Los datos de los sentidos provocan el inquirir; el inquirir conduce al entender; el entender se expresa a sí mismo en el lenguaje. Sin los datos no tendríamos nada que inquirir ni nada que entender. Con todo, lo que es buscado por el inquirir nunca es un dato distinto de la idea o de la forma, de la unidad inteligible o del nexo que organiza los datos en totalidades inteligibles. Más aún, sin el esfuerzo de entender y sus resultados conflictivos, no tendríamos ocasión de juzgar. Pero tales ocasiones son recurrentes, y entonces el centro inteligente del experimentar revela su racionalidad reflexiva y crítica. Una vez más, se da un yo más pleno del cual nos hacemos conscientes, y una vez más la consciencia misma es diferente. En cuanto inteligente, el sujeto busca intelecciones, y al acumularse las intelecciones, las revela en su conducta, en su discurso, en la captación de las situaciones y en el dominio de los campos teóricos. Pero en cuanto es consciente de manera refleja y crítica, encarna el desprendimiento y el desinterés, se entrega a los criterios de verdad y de certeza, y su único interés es la determinación de lo que es o

no es así; y ahora, de la misma manera que el yo, también la consciencia del yo reside en esa encarnación, en ese abandonarse a sí mismo, en esa concentración en el único interés de la verdad. Hay todavía una ulterior dimensión del ser humano: en ella emergemos como personas, nos encontramos unos a otros en un interés común por los valores, buscamos abolir la organización de la vida humana basada en el egoísmo competitivo y reemplazarla por una organización basada en la perceptividad e inteligencia del hombre, en su razonabilidad y en el ejercicio responsable de su libertad.

En quinto lugar, así como las diferentes operaciones producen modos cualitativamente diferentes de ser conscientes los sujetos, así también producen modos cualitativamente diferentes de tender-a (*intending*). El tender-a de nuestros sentidos es un atender; normalmente es selectivo pero no creativo. El tender-a de nuestra imaginación puede ser representativo o creativo. Lo que se capta en la intelección no es ni un dato de los sentidos dado actualmente, ni una creación de la imaginación, sino una organización inteligible que puede ser o no pertinente con relación a los datos. El tender-a de la concepción pone juntos el contenido de la intelección y el de la imagen, en cuanto ésta es esencial para que se dé la intelección; el resultado es el tender-a cualquier ser concreto seleccionado por un contenido no determinado completamente (y, en ese sentido, abstracto).

Sin embargo, la diferencia más fundamental entre los modos de tender-a se da entre el categorial y el transcendental. Las categorías son determinaciones. Poseen una capacidad limitada de denotar. Varían con los cambios culturales. Pueden ser ilustradas con el tipo de clasificación asociada al totemismo y de la cual se dice recientemente que es esencialmente una clasificación por homología³. Pueden ser conocidas reflejamente como categorías, así como lo fueron las aristotélicas de *sustancia*, *cantidad*, *cualidad*, *relación*, *acción*, *pasión*, *lugar*, *tiempo*, *posición*, *hábito*. No necesitan ser llamadas categorías, como las cuatro causas, *final*, *eficiente*, *material*, *formal*, o las distinciones lógicas de *género*, *diferencia*, *especie*, *propiedad*, *accidente*. Pueden ser productos refinados de logros científicos, como los conceptos de la física moderna, la tabla periódica del químico, el árbol de la evolución del biólogo.

Por el contrario, los transcendentales son comprensivos en la connotación, irrestrictos en la denotación, invariables en los cambios culturales. Mientras que las categorías se necesitan para poner deter-

minadas cuestiones y dar determinadas respuestas, los transcendentales se hallan contenidos en las cuestiones, previamente a las respuestas. Son el tender-a radical, que nos conduce de la ignorancia al conocimiento. Son *a priori* porque van, más allá de lo que conocemos, a buscar lo que aún no sabemos. Son irrestrictos porque las respuestas nunca son completas, de tal manera que sólo hacen surgir nuevas preguntas. Son comprensivos porque tienden-a la totalidad desconocida, de la cual nuestras respuestas revelan sólo una parte. Así la inteligencia nos lleva, más allá del experimentar, a preguntar qué y por qué y cómo y para qué. La racionalidad nos lleva, más allá de las respuestas de la inteligencia, a preguntarnos si las respuestas de la inteligencia son verdaderas y si lo que ellas significan es realmente así. La responsabilidad va, más allá del hecho y del deseo y de la posibilidad, a discernir entre lo que verdaderamente es bueno y lo que sólo es bueno aparentemente. De esta manera, si objetivamos el contenido del tender-a inteligente, formamos el concepto transcendental de inteligible. Si objetivamos el contenido del tender-a razonable, formamos los conceptos transcendentales de lo verdadero y lo real. Si objetivamos el contenido del tender-a responsable, obtenemos el concepto transcendental de valor y de bien verdadero. Pero totalmente distintas de estos conceptos transcendentales, que pueden ser concebidos de manera errónea y de hecho lo son con frecuencia, se dan las nociones transcendentales previas que constituyen el auténtico dinamismo de nuestra intencionalidad consciente y nos impulsan del mero experimentar al entender, del mero entender a la verdad y realidad, del conocimiento de los hechos a la acción responsable. Este dinamismo, lejos de ser un producto del avance cultural, es la condición de su posibilidad; y cualquier ignorancia o error, cualquier negligencia o malicia que desfigure o bloquee dicho dinamismo, es oscurantismo en su forma más radical.

En sexto lugar, comenzamos hablando de operaciones que tienden-a-objetos. Ahora debemos distinguir entre objetos elementales y compuestos, entre conocimiento elemental y compuesto. Por conocimiento elemental queremos significar cualquier operación cognoscitiva, como ver, oír, entender, etc. Por objeto elemental entendemos el objeto a que tiende el conocimiento elemental. Por conocimiento compuesto se entiende la conjunción de varias instancias de conocimientos elementales en un único conocimiento. Por objeto compuesto entendemos el objeto construido por la unión de varios objetos elementales.

Ahora bien, el proceso de composición es precisamente el trabajo de las nociones transcendentales, las cuales desde el comienzo tienden-a lo desconocido que, gradualmente, va siendo mejor conoci-

3. Claude Lévi-Strauss, *El pensamiento salvaje*, México 1964.

do. En virtud de este tender-a, lo que se experimenta puede ser lo mismo que se entiende; lo que se experimenta y entiende puede ser lo mismo que se concibe; lo que se experimenta, entiende y concibe puede ser lo mismo que se afirma como real; lo que se experimenta, entiende, concibe y es afirmado como real, puede ser lo mismo que es aprobado como verdaderamente bueno. Así, los diversos objetos elementales se construyen en un único objeto, compuesto, y a su vez los diversos objetos compuestos serán ordenados en un único universo.

En séptimo lugar, hemos distinguido numerosas operaciones conscientes e intencionales y las hemos ordenado en una sucesión de diferentes niveles de consciencia. Pero así como numerosos objetos elementales constituyen conjuntos más amplios, así como numerosas operaciones se conjugan en un único conocimiento compuesto, así también los numerosos niveles de consciencia no son sino etapas del desenvolvimiento de una única verdad, el eros del espíritu humano. Para conocer el bien, debe conocer lo real; para conocer lo real, debe conocer lo verdadero; para conocer lo verdadero debe conocer lo inteligible; para conocer lo inteligible debe atender a los datos. Así, del dormirar despertamos al atender. El observar hace que la inteligencia se intrigue y que nos pongamos a inquirir. El inquirir conduce al placer de la intelección, pero las intelecciones son moneda corriente y por eso la crítica racional duda, constata, asegura. Se presentan vías de acción alternativas y deseamos saber si la más atractiva es verdaderamente buena. Realmente, la relación entre las sucesivas nociones transcendentales es tan íntima que es sólo gracias a una diferenciación especializada de la consciencia como nos apartamos de las formas ordinarias de vida para dedicarnos a una búsqueda moral de la bondad, a una búsqueda filosófica de la verdad, a una búsqueda científica del entendimiento, a una búsqueda artística de la belleza.

Finalmente, para concluir esta sección, advertimos que el esquema básico de las operaciones conscientes e intencionales es dinámico. Es materialmente dinámico en cuanto es un esquema de operaciones, así como una danza es un esquema de movimientos corporales, o una melodía es un esquema de sonidos. Pero es también formalmente dinámico en cuanto suscita y reúne las operaciones apropiadas en cada etapa del proceso, así como un organismo en crecimiento va suscitando sus propios órganos y vive de su funcionamiento. Finalmente, este esquema, doblemente dinámico, no es ciego sino clarividente; es atento, inteligente, razonable, responsable; es un tender-a consciente que va siempre más allá de lo que se da o se conoce, que se esfuerza por una aprehensión más plena y rica de la totalidad, del conjunto o del universo aún desconocido o conocido en forma incompleta.

III. MÉTODO TRANSCENDENTAL⁴

Lo que hemos venido describiendo como el esquema fundamental de las operaciones constituye el método transcendental. Es un método, porque es un esquema de operaciones recurrentes y relacionadas entre sí que producen resultados acumulativos y progresivos. Es un método transcendental, porque los resultados considerados no se limitan a las categorías de un sujeto o de un campo particular, sino que se refieren a cualquier resultado a que puedan tender las nociones transcendentales, que son totalmente abiertas. Mientras otros métodos procuran satisfacer las exigencias y aprovechar las oportunidades propias de campos particulares, el método transcendental busca satisfacer las exigencias y aprovechar las oportunidades que ofrece la mente humana en cuanto tal. Es una búsqueda que es a la vez fundante y universalmente significativa y pertinente.

Ahora bien, en cierta forma todo hombre conoce y aplica el método transcendental. Todo hombre lo conoce y aplica precisamente en la medida en que es atento, inteligente, razonable, responsable. Pero, en otro sentido, es muy difícil familiarizarse con el método transcendental, porque no se adquiere leyendo libros, o escuchando conferencias, o analizando el lenguaje. Se trata esencialmente de alcanzar un grado superior de consciencia objetivándola, y esto es algo que en último término tiene que hacerlo cada uno por sí mismo.

¿En qué consiste esta objetivación? Se trata de aplicar las operaciones en cuanto intencionales a las operaciones en cuanto conscientes. Así pues, si por razón de la brevedad denotamos las diversas operaciones de los cuatro niveles con el nombre de la principal de cada nivel, podemos hablar de las operaciones de experimentar, entender, juzgar y decidir. Estas operaciones son al mismo tiempo

4. En su libro titulado : *The Transcendental Method*, Herder and Herder, New York 1968, Otto Muck elabora una noción general de método transcendental, determinando las características comunes que aparecen en las obras de quienes emplean este método. Aunque no tengo objeción alguna contra este procedimiento, no lo considero muy pertinente para la comprensión de mis propias intenciones. Concibo el método de manera concreta. Lo concibo, no en términos de principios y reglas, sino como un esquema normativo de operaciones que producen resultados acumulativos y progresivos. Distingo los métodos apropiados a campos particulares y, de otro lado, su sustancia y su base común que llamo método transcendental. Aquí la palabra transcendental se emplea en un sentido análogo al escolástico, opuesto al sentido categorial (o predicamental). Pero mi procedimiento es transcendental en el sentido kantiano, en la medida en que saca a luz las condiciones de posibilidad de conocimiento de un objeto, en la medida en que ese conocimiento es *a priori*.

intencionales y conscientes. Pero lo que es consciente puede ser objeto de nuestra intencionalidad. La aplicación de las operaciones en cuanto intencionales a las operaciones en cuanto conscientes se realiza en cuatro etapas: 1) *experimentar* el propio experimentar, entender, juzgar y decidir; 2) *entender* la unidad y las relaciones entre el experimentar, el entender, el juzgar y el decidir que experimentamos; 3) *afirmar* la realidad del experimentar, del entender, del juzgar y del decidir que experimentamos y entendemos; 4) *decidir* obrar de acuerdo con las normas immanentes a la relación espontánea que se da entre el propio experimentar, entender, juzgar y decidir que experimentamos, entendemos y afirmamos.

Así pues, en primer lugar, hay que experimentar el propio experimentar, entender, juzgar y decidir. Pero esta cuádruple experiencia es precisamente la consciencia. La tenemos cada vez que experimentamos, o entendemos, o juzgamos, o decidimos. Pero nuestra atención tiende a concentrarse en el objeto, y nuestro obrar consciente permanece como algo periférico. Debemos, pues, ampliar nuestro interés, recordar que una misma e idéntica operación no solamente tiende a un objeto sino que también revela un sujeto que está tendiendo-a; debemos descubrir en nuestra propia experiencia la verdad concreta correspondiente a esta afirmación. Este descubrimiento no se hace, por supuesto, solamente mirando, examinando, inspeccionando. Se trata de una consciencia, no del objeto al cual se tiende, sino del acto mismo de tender-a. Se trata de constatar en sí mismo el acontecer consciente de la acción de ver, en el momento en que se ve algo; el acontecer consciente de la acción de oír, cuando se oye algo, etc.

Puesto que las sensaciones pueden producirse o interrumpirse a voluntad, resulta algo muy simple atender a ellas y familiarizarse con ellas. Por el contrario, se necesita no poca reflexión y habilidad para alcanzar un grado de consciencia superior con relación a la investigación, a la intelección, a la formulación, a la reflexión crítica, al sopesar la evidencia, al juzgar, al deliberar, al decidir. Hay que conocer el significado preciso de cada una de estas palabras. Hay que producir en sí mismo la operación correspondiente. Hay que estar produciéndola hasta llegar, más allá del objeto al que se tiende, al sujeto que está operando conscientemente. Hay que hacer todo esto dentro del contexto apropiado, que consiste no en la inspección interior, sino en la investigación, en el interés ampliado, el discernimiento, la comparación, la distinción, la identificación y la designación por medio de un nombre.

Hay que experimentar las operaciones no sólo una por una, sino en sus relaciones recíprocas: porque no se trata solamente de opera-

ciones conscientes sino de procesos conscientes. Mientras que la percepción sensible no revela relaciones inteligibles, de tal manera que, como afirmaba Hume, no percibimos causalidad sino sucesión, tratándose de la consciencia el asunto es diferente. Es verdad que en el nivel empírico el proceso se identifica con el conocimiento sensible espontáneo; es inteligible solamente en el sentido de que puede ser entendido. Pero con la investigación surge el sujeto inteligente, y el proceso se hace inteligente; no es meramente un inteligible que puede ser entendido, sino el correlato activo de la inteligibilidad: la inteligencia que busca entender inteligentemente, que llega a entender y que opera a la luz de la realización de su entender. Cuando la investigación llega a un resultado o a un «impasse», la inteligencia cede inteligentemente el lugar a la reflexión crítica; en cuanto es capaz de reflexionar críticamente, el sujeto entra en relación consciente con un absoluto —el absoluto que nos hace mirar el contenido positivo de las ciencias no como verdadero y cierto sino únicamente como probable. Finalmente, el sujeto racional, habiendo realizado el conocimiento de lo que es y podría ser, cede racionalmente el camino a una libertad consciente y a una responsabilidad que se ejercita de manera concienzuda.

Así pues, las operaciones se realizan en el interior de un proceso que es formalmente dinámico, que hace surgir y reúne sus propios componentes, y que procede de manera inteligente, razonable y responsable. Tal es, pues, la unidad y relación de las distintas operaciones. Es una unidad y una relación que existe y funciona antes de que busquemos atender a ella explícitamente, entenderla y objetivarla. Son una unidad y una relación totalmente diferentes de las unidades y relaciones inteligibles, con las cuales organizamos los datos de los sentidos, porque aquéllas son meramente inteligibles, mientras que la unidad y la relación del proceso consciente es inteligente, razonable y responsable.

Hemos examinado, en primer lugar, la experiencia de las operaciones y, en segundo lugar, la intelección de su unidad y relación. Surge entonces la cuestión de la reflexión. ¿Se producen efectivamente estas operaciones? ¿Se producen según el esquema descrito? ¿No es este esquema puramente hipotético, un esquema que tarde o temprano necesita ser revisado y, una vez revisado, necesita, tarde o temprano, una ulterior revisión?

En primer lugar, las operaciones existen y se producen. A pesar de las dudas y negaciones de los positivistas y behavioristas, nadie, a menos que alguno de sus órganos sea deficiente, dirá que en su vida nunca tuvo la experiencia de ver o de oír, de tocar o de oler o gustar, de imaginar o percibir, de experimentar sentimientos o de

movearse; o bien, si da la impresión de haber tenido tales experiencias, no va a decir que se trataba de mera apariencia, que a lo largo de toda su vida se ha comportado como un sonámbulo, sin consciencia alguna de sus propias acciones. Más aún, ¿quién introduciría sus conferencias expresando reiteradamente la convicción de que nunca ha tenido ni siquiera una experiencia fugitiva de curiosidad intelectual, de investigación, de concentración, de llegar a entender algo y de expresar lo que se ha captado en la intelección? Quién comenzaría un artículo de revista recordándole a sus posibles lectores que nunca ha tenido en su vida la experiencia de algo que pueda llamarse reflexión crítica, que nunca se ha detenido a interrogarse sobre la verdad o falsedad de una afirmación; y que si alguna vez ha dado la impresión de hacer uso de su racionalidad, dando un juicio que esté estrictamente de acuerdo con los elementos de prueba disponibles, eso debe ser tenido como pura apariencia, porque el autor en cuestión ignora totalmente la existencia de un acontecimiento semejante o de una tendencia similar. Pocos son, finalmente, quienes al comienzo de sus libros hacen la advertencia de que no tienen noción de lo que pueda significar responsabilidad; de que en sus vidas nunca han tenido la experiencia de obrar responsablemente, y esto sobre todo al componer los libros que ofrecen al público. En suma, las operaciones conscientes e intencionales existen, y cualquiera que trate de negar su existencia lo hace descalificándose a sí mismo como sonámbulo irresponsable, irracional y carente de inteligencia.

Pero, ¿las operaciones se dan realmente conforme al esquema que aquí hemos esbozado y que presentamos mucho más ampliamente en nuestro libro *Insight*? La respuesta a esta pregunta es, por supuesto, que no experimentamos las operaciones de manera aislada y después, a través de un proceso de investigación y descubrimiento, llegamos al esquema que las relaciona unas con otras. Por el contrario, es la unidad de consciencia la que se nos da a sí misma; el esquema de operaciones es parte de la experiencia de las mismas operaciones; y la investigación y el descubrimiento son necesarios, no para realizar la síntesis de un conjunto de elementos que entre sí no tienen relación alguna, sino para analizar una unidad funcional en funcionamiento. Es verdad que sin análisis no podemos discernir ni distinguir las operaciones particulares; y hasta que las operaciones no hayan sido distinguidas, no podemos formular las relaciones que se dan entre ellas. Pero lo esencial en la afirmación de que el esquema mismo es consciente, se refiere a esto: una vez formuladas las relaciones, se constata que no revelan novedades sorprendentes, sino que simplemente se manifiestan como objetivaciones de la rutina de

nuestra vida y de nuestro actuar conscientes. Antes de que la investigación ponga en evidencia el esquema, antes de que el metodólogo enuncie sus preceptos, el esquema ya es consciente y se halla en acción. Pasamos espontáneamente de experimentar al esfuerzo por entender, y esta espontaneidad no es inconsciente o ciega; por el contrario, es un elemento constitutivo de nuestra inteligencia consciente, exactamente como la ausencia de esfuerzo es constitutiva de la estupidez. Pasamos espontáneamente de entender, con sus múltiples expresiones conflictivas, a la reflexión crítica; y una vez más, la espontaneidad no es inconsciente o ciega; es constitutiva de nuestra racionalidad crítica, de la exigencia que hay en nosotros de una razón suficiente; una exigencia que opera antes de cualquier formulación del principio de razón suficiente; y es el olvido o la ausencia de esta exigencia la que constituye la necesidad. Pasamos espontáneamente de los juicios de hecho o de posibilidad a los juicios de valor y a la deliberación que conduce a la decisión y al compromiso; y esta espontaneidad no es inconsciente o ciega; ella nos constituye en personas conscientes y responsables, y su ausencia haría de nosotros unos psicópatas. En formas detalladas y diversas, el método nos invitará a ser atentos, inteligentes, razonables, responsables. Los detalles de sus prescripciones dependerán del trabajo en curso y variarán con él. Sin embargo, la fuerza normativa de sus imperativos no estará fundada únicamente en sus pretensiones de autoridad, ni tampoco en la probabilidad de que lo que tuvo buen éxito en el pasado lo tendrá en el futuro, sino que estará enraizada en la espontaneidad y en las exigencias naturales de nuestra consciencia que, al juntar sus partes constitutivas, les da unidad en un todo completo en una forma tal que no podemos rechazar sin mutilar, por decirlo así, nuestra propia personalidad moral, nuestra racionalidad, nuestra inteligencia y nuestra sensibilidad.

¿Pero este esquema no es una simple hipótesis que habrá que revisar, una y otra vez, a medida que se va desarrollando el conocimiento que el hombre tiene de sí mismo?

Aquí debemos hacer una distinción entre el esquema normativo inmanente a nuestras operaciones intencionales y conscientes y, por otra parte, las objetivaciones de ese esquema en conceptos, proposiciones y palabras. Obviamente, la revisión no puede afectar sino a las objetivaciones. No puede cambiar la estructura dinámica de la consciencia humana. Todo lo que puede hacer es conducir a una explicitación más adecuada de esta estructura.

Más aún, para que una revisión sea posible, es necesario cumplir ciertas condiciones. Porque, en primer lugar, cualquier revisión posible debe apelar a datos que no tuvo en cuenta o que no captó bien

la opinión que se va a revisar, y así cualquier revisión posible debe presuponer por lo menos un nivel empírico de operaciones. En segundo lugar, cualquier revisión posible ofrecerá una mejor explicación de los datos, y así cualquier revisión posible debe presuponer un nivel intelectual de operaciones. En tercer lugar, cualquier revisión posible proclamará que la mejor explicación es la más probable, y así cualquier revisión posible debe presuponer un nivel racional de operaciones. En cuarto lugar, una revisión deja de ser una simple posibilidad y comienza a ser un hecho cumplido en cuanto es el resultado de un juicio de valor y de una decisión. No se emprende un trabajo, con todos los riesgos de fracaso y de frustración que comporta, si no se está muy convencido, no solamente en teoría sino también en la práctica, de que vale la pena verificar las teorías en discusión, saber a qué atenerse y contribuir al avance de la ciencia. Así, a la raíz de todo método hay que presuponer un nivel de operaciones a partir del cual evaluar y elegir responsablemente al menos el método de nuestras operaciones.

Se sigue que hay un sentido en el cual la objetivación del esquema normativo de nuestras operaciones intencionales y conscientes no admite revisión. Es decir, que la actividad de revisar consiste en ejecutar tales operaciones de acuerdo con dicho esquema, de tal manera que una revisión que rechazara el esquema se rechazaría a sí misma.

Hay, pues, una roca sobre la que es posible edificar. Pero permítaseme insistir en la naturaleza particular de esta roca⁵. Cualquier teoría, descripción o explicación de nuestras operaciones conscientes e intencionales, necesariamente es incompleta y admite ulteriores clarificaciones y ampliaciones. Pero tales clarificaciones y ampliaciones tendrán que proceder de las mismas operaciones conscientes e intencionales. En cuanto dadas en la consciencia, estas operaciones son la roca; ellas confirman cada una de las explicaciones correctas y refutan cada una de las explicaciones inexactas o incompletas. La roca es, entonces, el sujeto, con su atención, su inteligencia, su racionalidad y su responsabilidad conscientes y al mismo tiempo no-objetivadas. El trabajo de objetivar al sujeto y sus operaciones conscientes tiene por finalidad el que comencemos a aprender cuáles son estas operaciones y que realmente existen.

IV. LAS FUNCIONES DEL MÉTODO TRANSCENDENTAL

Hemos venido invitando al lector a descubrir en el interior de sí mismo el esquema normativo y originario de operaciones recurrentes

5. En el capítulo 4 se hará evidente que la parte más importante de esta roca no se ha descubierto aún.

tes y relacionadas entre sí, que producen resultados acumulativos y progresivos. Tenemos que considerar ahora los usos y funciones de este método transcendental.

En primer lugar, el método transcendental tiene una función normativa. Todos los métodos especiales tienen por tarea especificar los preceptos transcendentales: sé atento, sé inteligente, sé razonable, sé responsable. Pero antes de ser formulados en conceptos y expresados en palabras, estos preceptos tienen una existencia y una realidad anterior en el dinamismo espontáneo y estructurado de la consciencia humana. Además, así como los preceptos transcendentales descansan simplemente en el estudio de las operaciones mismas, así también los preceptos categoriales específicos descansan en un estudio de la mente que opera en un campo determinado. El último fundamento, tanto de los preceptos transcendentales como de los categoriales, será el caer en la cuenta de la diferencia entre atención e inatención, inteligencia y estupidez, razonabilidad e irrazonabilidad, responsabilidad e irresponsabilidad.

En segundo lugar, el método transcendental tiene una función crítica. Todavía persiste el escándalo de que mientras los hombres *tienden a estar de acuerdo en cuestiones científicas*, tienden de la manera más ultrajante a estar en desacuerdo sobre asuntos filosóficos básicos. Así, por ejemplo, no están de acuerdo acerca de las actividades llamadas conocimiento, ni acerca de la relación de estas actividades con la realidad, ni tampoco acerca de la realidad misma. Sin embargo, las diferencias acerca de la tercera, la realidad, pueden reducirse a diferencias acerca de la primera y la segunda, conocimiento y objetividad. Las diferencias sobre la segunda, objetividad, pueden reducirse a diferencias sobre la primera, teoría del conocimiento. Finalmente, las diferencias en la teoría del conocimiento pueden resolverse poniendo al descubierto la contradicción existente entre una teoría equivocada del conocimiento y la forma de actuar de un teórico equivocado⁶. Para tomar el caso más sencillo, Hume pensó que la mente humana era un conjunto de impresiones encadenadas por la costumbre. Pero la propia mente de Hume era bastante más original. Por consiguiente, la propia mente de Hume no era lo que Hume consideraba que era la mente humana.

En tercer lugar, el método transcendental tiene una función dialéctica. Porque el uso crítico del método transcendental puede aplicarse a cualquier teoría equivocada del conocimiento, ya sea que se exprese con universalidad filosófica o que se presuponga en un mé-

6. En forma más detallada, *Insight*, 387 ss. *Collection*, 203 ss.

todo hermeneúutico, o de investigación histórica, o de teología o de desmitologización. Además, estas aplicaciones pueden extenderse a puntos de vista concomitantes sobre epistemología metafísica. En esta forma se pueden determinar las series dialécticas de posiciones básicas que la crítica confirma y las contraposiciones básicas que la crítica refuta.

En cuarto lugar, el método transcendental tiene una función sistemática. Porque en la medida en que el método transcendental se objetiviza, encontramos un conjunto determinado de términos básicos y de relaciones básicas, a saber: los términos que se refieren a las operaciones del proceso cognoscitivo y las relaciones que encadenan estas operaciones entre sí. Dichos términos y relaciones son la sustancia de la teoría del conocimiento y constituyen el fundamento de la epistemología. Se constata, además, que son isomorfos⁷ con los términos y las relaciones que denotan la estructura ontológica de cualquier realidad proporcionada al proceso cognoscitivo humano.

En quinto lugar, la función sistemática anterior asegura la continuidad sin imponer rigidez. Se asegura la continuidad mediante la fuente de donde surgen los términos básicos y las relaciones básicas: porque dicha fuente es el proceso cognoscitivo humano en su realidad concreta. No se impone rigidez alguna, porque de ninguna manera se excluye un conocimiento más pleno y más exacto del proceso cognoscitivo humano; y en la medida en que se obtiene tal conocimiento, se seguirá una determinación más plena y exacta de los términos básicos y de las relaciones básicas. Finalmente, la exclusión de rigidez no es una amenaza para la continuidad porque, como hemos visto, las condiciones de posibilidad de revisión ponen un límite a la posibilidad de revisar la teoría del conocimiento; y mientras más elaborada sea la revisión, tanto más estrictos y definidos serán los límites.

En sexto lugar, el método transcendental tiene una función heurística. Toda investigación tiene por finalidad transformar lo desconocido en conocido. La investigación es, pues, algo intermedio entre la ignorancia y el conocimiento. Es menor que el conocimiento, pues de lo contrario no habría que investigar; pero es más que la ignorancia, porque hace manifiesta la ignorancia y nos impulsa a reemplazarla por el conocimiento. Este intermedio entre la ignorancia y el conocimiento es una intencionalidad, y aquello a que se tiende es lo desconocido que debemos conocer.

7. Este isomorfismo se basa en el hecho de que el mismo y único proceso combina a la vez los actos elementales del conocimiento para formar un conocimiento compuesto y los objetos elementales del conocimiento para formar un objeto compuesto.

Ahora bien, todo método consiste fundamentalmente en el aprovechamiento de dicha intencionalidad, porque el método describe las etapas que hay que seguir, si se quiere ir de la intencionalidad inicial, desencadenada por la pregunta, hasta el conocimiento eventual de aquello a que se tiende durante todo el proceso. Además, dentro del método es fundamental el empleo de procedimientos heurísticos. Ellos consisten en designar y nombrar lo desconocido que se pretende conocer, en determinar de una vez todo lo que puede afirmarse de él, y en usar este conocimiento explícito como una guía, como un criterio y/o como una premisa en el esfuerzo por llegar a un conocimiento más pleno. Tal es la función de la incógnita X en la solución de los problemas de álgebra. Tal es la función que desempeñan en la física las funciones indeterminadas o genéricas y las clases de funciones específicas por las ecuaciones diferenciales.

El método transcendental cumple una función heurística. Revela la verdadera naturaleza de esa función sacando a luz la actividad intencional y su correlato, es decir, aquello a lo que se tiende, lo cual, aunque desconocido, es el objeto de dicha intencionalidad. Además, en la medida en que la función sistemática ha suministrado conjuntos de términos básicos y de relaciones básicas, se tienen a la mano determinaciones básicas inmediatamente utilizables siempre que lo desconocido sea un sujeto humano o un objeto proporcionado al proceso humano del conocimiento, es decir, un objeto que pueda ser conocido por la experiencia, la intelección y el juicio.

En séptimo lugar, el método transcendental tiene una función fundante. Los métodos especiales derivan sus propias normas de la experiencia acumulada por los investigadores en sus diversos campos. Pero, además de las normas propias, existen normas comunes. Además de las tareas propias de cada campo, existen los problemas interdisciplinarios. Subyacente al consenso científico que se da entre hombres de ciencia, subsiste entre ellos un desacuerdo en cuestiones de importancia e interés supremos. Sólo en la medida en que los métodos particulares reconozcan en el método transcendental su núcleo común, se podrán reconocer normas comunes a todas las ciencias, se podrá alcanzar una base segura para afrontar los problemas interdisciplinarios, las ciencias podrán alcanzar una mayor unidad de vocabulario, de pensamiento y de orientación, que las haga capaces de hacer una contribución esencial a la solución de los problemas fundamentales.

En octavo lugar, el método transcendental es pertinente a la teología. Esta pertinencia está mediada, desde luego, por el método propio de la teología; éste ha sido desarrollado por la reflexión que los teólogos han elaborado sobre sus propios logros y fracasos pasa-

dos y presentes. Pero este método particular, que tiene sus propios grupos de operaciones y sus combinaciones propias, es en no menor medida obra de mentes humanas que realizan las mismas operaciones básicas y tienen las mismas relaciones básicas de otros métodos particulares. En otras palabras, el método transcendental es una parte constitutiva del método particular propio de la teología, así como es también una parte constitutiva del método particular propio de las ciencias naturales o de las ciencias humanas. No obstante, es verdad que uno está atento, entiende, juzga y decide de manera diferente en las ciencias naturales, a como lo hace en las ciencias humanas y en la teología; pero estas diferencias en ninguna forma implican o sugieren que al pasar de una disciplina a otra, se pueda pasar de la atención a la distracción, de la inteligencia a la estupidez, de la racionalidad a la necedad, o de la responsabilidad a la irresponsabilidad.

En noveno lugar, los objetos de la teología no se hallan fuera del campo transcendental. Porque siendo este campo ilimitado, no hay absolutamente nada que pueda encontrarse fuera de él. Además, no es ilimitado en el sentido de que las nociones transcendentales sean abstractas, mínimas en connotación y máximas en denotación; las nociones transcendentales, en efecto, no son abstractas sino comprensivas; tienden a comprender todo acerca de todo. Lejos de ser abstractas, es precisamente por medio de ellas como tendemos a lo concreto, es decir, tendemos a conocer todo lo que se puede conocer acerca de una cosa. Finalmente, aunque es verdad que el conocimiento humano es limitado, no obstante, cuando se trata de nociones transcendentales, el asunto no es de conocimiento sino de intencionalidad; ellas tendían a todo aquello que cada uno de nosotros buscaba aprender, y ahora están tendiendo a todo aquello que aún permanece desconocido para nosotros. En otras palabras, el campo transcendental se define no por lo que el hombre conoce, ni por lo que puede conocer, sino por todo aquello acerca de lo cual puede preguntar. Y sólo porque podemos hacer más preguntas de las que podemos responder, conocemos las limitaciones de nuestro conocimiento.

En décimo lugar, asignarle al método transcendental un papel en la teología, no es darle a ésta un nuevo instrumento, sino simplemente llamar la atención sobre un instrumento que se ha empleado siempre. Porque el método transcendental es el despliegue concreto y dinámico de la atención, de la inteligencia, de la racionalidad y de la responsabilidad humanas. Este despliegue ocurre siempre que alguien emplea su inteligencia de manera apropiada. Por eso, introducir el método transcendental, no es introducir un instrumento nuevo

en la teología: porque los teólogos siempre han tenido inteligencia y la han empleado; pero aunque el método transcendental no va a introducir ningún instrumento nuevo, aporta, sin embargo, luz y precisión considerables a la realización de las tareas teológicas; confío que esto se hará evidente a su debido tiempo.

En undécimo lugar, el método transcendental constituye una clave para la unificación de las ciencias. La inmovilidad del ideal aristotélico choca con el desarrollo de las ciencias naturales y de las ciencias humanas, lo mismo que con el desarrollo del dogma y de la teología. Por el contrario, la mente humana está en armonía con todo tipo de desarrollo, ya que ella misma está en continuo desarrollo. Factor de unidad entre todos los campos de la investigación, por dispares que parezcan, es, una vez más, la mente humana la que opera en todos los campos, y de manera radicalmente idéntica en cada uno de ellos. Por medio del auto-conocimiento, de la explicitación del esquema básico normativo de las operaciones del proceso cognoscitivo humano, se hace posible entrever un futuro en el que todos los investigadores de todos los campos puedan encontrar, en el método transcendental, normas y fundamentos comunes, una sistematización común, y procedimientos comunes de crítica, de dialéctica y de heurística.

En duodécimo lugar, la introducción del método transcendental deroga la vieja metáfora que describe la filosofía como esclava de la teología, y la reemplaza por un hecho muy preciso. El método transcendental no es la intromisión en la teología de un elemento extraño, procedente de una fuente extraña. Su función es la de llamar la atención sobre el hecho de que las teologías son hechas por teólogos, de que los teólogos tienen inteligencia y la usan; de que su actividad intelectual no debe ser ignorada o pasada por alto, sino que debe ser reconocida explícitamente en sí misma y en sus implicaciones. Repitémoslo: el método transcendental corresponde a una parte importante de lo que generalmente ha sido considerado como filosofía, pero en realidad no es ni una filosofía, ni toda la filosofía. Consiste exactamente en una elevación de nuestro grado de consciencia que pone en evidencia nuestras operaciones conscientes e intencionales y nos lleva a responder a estas tres preguntas fundamentales: ¿Qué hago cuando conozco? ¿por qué esta actividad es conocimiento? ¿qué conozco cuando realizo esa actividad? La primera respuesta es una teoría del conocimiento. La segunda es una epistemología. La tercera es una metafísica en el sentido transcendental, es decir, una integración de las estructuras heurísticas, y no una especulación categorial que lleva a la revelación de que todo es agua, o materia, o espíritu, o proceso, o cualquier otra cosa.

Sin embargo, el método trascendental es solamente una parte del método teológico. El método trascendental ofrece el componente antropológico fundamental, pero no el componente específicamente religioso. En consecuencia, para pasar del método trascendental al método teológico, es necesario reflexionar sobre la religión. Pero para poder hablar de la religión debemos abordar antes las cuestiones del bien humano y de la significación humana.